

# FORMACIÓN SOCIAL DE LOS JÓVENES

---

(Continuación)

## II

### LA FORMACIÓN ESPECIALIZADA

Empiezo hoy, queridos jóvenes, por donde acabé anoche, esto es, por manifestaros de nuevo el temor de haber parecido demasiado exigente y riguroso en la conferencia, de ayer, cuando tuve la honra de exponeros algo de lo mucho que, a mi juicio, requiere la formación intelectual y social de la juventud de nuestros tiempos.

En efecto: No habrá habido entre vosotros quien, al oírme exclamara *sotto voce*, como en otro tiempo dijeron en alta voz los apóstoles: *Durus est hic sermo!*

DURUS!...

Sí; un poquito. Lo reconozco.

Pero no me arrepiento de ello, ni quiero ser más blando y condescendiente tratándose de vosotros, jóvenes de tan grandes alientos.

Después de haber reflexionado atentamente sobre lo que dije, con tanta fuerza de convicción, y de haber considerado de nuevo a quienes hoy dirigiría la palabra, me siento impenitente, y quiero reincidir, y estoy resuelto a hacerlo, ahora mismo, con plena advertencia y con toda voluntad.

Y ¿por qué no?

### SEVERIDAD PROVECHOSA

Acaso, señores, no debemos ser *severos* y exigentes con nosotros mismos en materia de formación?

Los que opinen en sentido contrario o más benigno, será sin duda porque no se colocan en el mismo plano elevado en que yo me sitúo, cuando hablo a la juventud, o porque no tienen de sí mismo, de su capacidad y valer, y de sus responsabilidades, la alta idea que yo de vosotros me he formado.

Y al decirnos ésto, no es que yo pretenda vanamente halagaros. No. Quiero sólo que os reconozcáis y que os situéis.

No sólo tratándose de vosotros, sino generalmente, siempre que me dirijo a jóvenes católicos de *élite*, juzgo que es deber mío, imitando al poeta que dijo: *Paulo majora canamus*, subir el tono de la consideración y elevarme por encima de las vulgaridades sociales.

Otra cosa sería, señores, si yo hubiese de dirigir mi palabra a esos pésimos estudiantes, fantoches del sectarismo, amorales, tal vez inmorales... a esos que se proclaman a sí mismos, sin ruborizarse, sin trepidar, nada menos que intelectuales y amantes... de no sé qué progreso! Sin duda, el de la algarada.

Creo que procediendo de esta suerte, como procedo con vosotros, con ciertos visos de rigorismo, es como se debe tratar a quienes tienen la gallardía de declararse, sin ambages, católicos, y que esa severidad y exigencia, casi extremadas, son muy conformes con los deberes que os impone... iba a decir la desventura... ¡No! ¡señores! que os impone la suerte dichosísima de haber nacido en estos tiempos, que si son de lucha y de prueba lo son también, por parte de la inmensa mayoría de los católicos, especialmente de los que forman en las filas de la juventud, de más ardiente apostolado religioso, de militantismo más aguerrido en favor de la Iglesia, de más vivo entusiasmo por la ciencia y el progreso, y de acción más interventora y penetrante, así, en pro de los intereses generales del bien público, como de los peculiares y propios de las clases populares.

Sí, señores; no me negaréis que los jóvenes católicos de nuestros días tienen una idea muy elevada de la ciencia y del valer profesional, que verdaderamente les honra; que tienen de la trascendencia de la vida y de sus eternos destinos un concepto muy cabal, que les distingue del montón de nulidades; que tienen de las responsabilidades sociales y religiosas una comprensión tan perfecta, que sobrepuja generalmente a la que concibieron los hombres de las pasadas generaciones.

Por eso, señores y amigos míos—no sé si lo observasteis—, al combatir, casi con saña en la conferencia anterior, el abuso de las lecturas, dí por sentado que leíais y mucho, tal vez demasiado.

La suposición de que incurriais en el defecto de *no leer*, la habría yo considerado poco menos que como injuria que os hacía.

No. El joven católico de hoy, por poco ilustrado que sea, no suele incurrir en ese pecado de omisión... si no es, en algún caso, con respecto a ciertas lecturas... muy serias... Digámoslo más claro: muy piadosas.



El asilo de la ignorancia alberga a otros jóvenes... No a los estudiantes católicos.

La mayoría de éstos; no sólo lee, y muchísimo, sino que suele seguir atentamente las oscilaciones y flujos y reflujos del movimiento intelectual.

Si peca, en este orden de cosas, es más bien por exceso.

De ahí que entienda yo ser severo y exigente con los jóvenes católicos, hasta constreñirlos a que se formen seriamente y que se esfuercen por llegar a ser notabilidades sociales, sea sencillamente *reconocer* y proclamar su capacidad intelectual y su valer como hombres de idealidad y de carácter!

¡Cómo no, si el mero hecho de profesarse católicos íntegros de pensamiento y de acción, de palabra y de obra, en un ambiente destañido amoral—cuando no de repugnante inmoralidad e impiedad—es ya una revelación VALIENTE de cabezas pensantes, de vigor personal, de sana independencia de carácter! (1).

Dejad, sí, amigos míos, para otros jóvenes menos fuertes que vosotros, una formación homeopática, con cuentagotas, a dosis diluídas en aguamiel, con la que logran tal vez, como dice el P. Rutten, «saber un poco de todo», no empero «poseer una cosa a fondo» (2).

A la juventud católica hay que darle manjar de varones. Otro régimen de alimentación intelectual será bueno quizás para *niños bien* o para jóvenes decrepitos, no para los que deben ser soldados esforzados de la causa de Cristo, para los que, como vosotros, han hecho del ir a la vanguardia del ejército católico-social un timbre de honor caballeresco.

#### DUELO A MUERTE

Pero además, ¿no veis cómo los adversarios son cada vez más exigentes con los católicos?

¡Oh, sí! Tenedlo por cierto: no os perdonarán nada; os pedirán mucho, mucho más de lo racional y debido. Querrán que seáis verda-

---

(1) «Porque si en todo tiempo fué bella la abierta profesión de la propia fe, en el nuestro el valor de proclamarse católico y de vivir en privado y en público como la religión católica enseña, es tanto más meritorio de aplauso cuanto mayor es la dificultad que debe superar cualquiera que milite bajo el estandarte de Cristo.» Palabras de Su Santidad Pío IX en la recepción de los jóvenes católicos de Italia, (1921).

(2) *Manual de Estudios Sociales*.

deramente de *élite*. Y si no lográis emularlos y descollar por encima de ellos, aun lo mismo que en justicia merezcáis os lo regatearán y negarán sin consideración de ningún género.

Más aún, señores míos: poco a poco, como quien trata de explorar lo que valéis y para cuánto sois, irán haciendo experimentos de vuestra entereza de carácter, de vuestra cultura religiosa y científica, y si logran persuadirse de que en realidad sois hombres de poco valer, de que vuestra personalidad no es entera y viril, de que por vuestra formación defectuosa, poco sólida y extensa, no habéis de poder darles, con gesto gallardo, con plena posesión de vosotros mismos, la respuesta merecida a cualquier objeción... ¡tal vez vulgarísima! a cualquier procacidad volteriana y *démodé* o a una negación cualquiera tan impía como necia, harán burla de vuestras convicciones religiosas, y aún de vuestro valer intelectual, en todas partes, en el parlamento, en las academias, en los diarios y revistas o en las conversaciones de mero pasatiempo.

¡Es un *duelo a muerte*, queridos jóvenes! ¡O luchar y vencer, o morir ignominiosamente!

Sí. ¡O llegáis a saber más que ellos y lográis imponeros, o quedaréis confundidos y arrinconados!

—Fiera disyuntiva—dirá tal vez alguno.

No, amigos míos, no: ¡suerte feliz! ¡fortuna grande! ¡estímulo poderosísimo!

¡Oh, sí! Por muy injusto que os parezca semejante conducta, ella, sin embargo, no es más que un tributo de admiración, muy justiciero, que os rinde el enemigo.

Cosa parecida—no sé si lo habréis notado—cosa parecida se observa también con respecto a la moral de los católicos.

Casi siempre los más libertinos son los más meticulosos y rigoristas cuando se trata de aquilatar las virtudes de un miembro de la Iglesia católica!

¡Qué puristas son entonces! ¡qué amantes de la virtud! ¡cómo ven la paja en el ojo ajeno!... ¡De lince tienen los ojos en semejantes casos para descubrir aun las menores imperfecciones morales!

El católico debe ser un hombre impecable, un héroe de santidad, un museo viviente de todas las virtudes en grado sublime.

La menor quiebra que advierten, el desliz más insignificante que descubren en la virtud de un católico, es, entonces, para esos rígidos censores de la moral, para esos benditos ángeles—o espíritus endemoniados—un enorme pecado y una inconsecuencia horripilante.



¡Hasta admiten entonces como buenas las normas de santidad y de criterio moral de la Iglesia católica!

Es un homenaje, sin embargo, que, sin querer y sin pensarlo, tributan al católico y a la religión de Jesucristo.

Y es *también* una sentencia condenatoria que fulminan contra sí mismos y sus principios.

Pues así, de idéntica manera proceden también los modernos monopolizadores del estanco de la ciencia.

¡Naturalmente! ¡ellos son los heraldos... porque sí, del progreso!

Tienen el «privilegio exclusivo» del saber.

Nadie es tan descontentadizo y suspicaz, como ellos, cuando se trata de medir y pesar los merecimientos culturales de un católico.

Toda muestra de erudición, toda labor seria, científica, todo rasgo notable de ingenio o de doctrina, si es de un católico, les parece insignificante y pequeño!

Pero ¡ah! en el fondo de todo eso, ¿no percibís las palpitaciones de una estima secreta y aún la ruindad de la envidia?

Porque, cierto, señores, nadie es exigente con quien se juzga que vale poco, ni nadie siente envidia sino del bien ajeno.

A no ser que en los tales sectarios se dé el caso, no raro ni extraño entre ellos, de que el fanatismo de la secta les ciegue hasta el extremo de no ver que aun en el terreno científico tienen dos pesas y dos medidas para juzgar del mérito y valer de los hombres. ¡Y todavía seguirán llamándonos a los católicos INTOLERANTES!

#### HAY QUE SER HOMBRES DE AUTORIDAD

Pues bien, señores míos: como veis, todo nos advierte que es imprescindible necesario formaros, de suerte que lleguéis a ser, más pronto o más tarde, en la esfera de lo intelectual y científico, *hombres eminentes*, verdaderas *autoridades sociales*.

Yo tengo, señores católicos, la convicción íntima, profunda, de que todo joven católico que se gloria con justicia de tener altos pensamientos, de sentir hondamente las preocupaciones de la vida y de alimentar en su pecho nobles y grandes ambiciones, debe creerse *llamado* de un modo irresistible a ser, no solamente una mera unidad de valor positivo e influyente en medio de la sociedad en que vive, sino más aún: una *autoridad social*, sino en el sentido estrictamente sociológico, por lo menos en el concepto social-civil.

Los que siendo de ese número no llegan a responder cumplida-

mente a lo que yo considero un deber, muy honroso, que les impone nuestra época, no sólo degeneran de esos altos pensamientos y nobles ambiciones, sino que, ahogando en su pecho las hondas inquietudes y estímulos santos que debe sentir todo joven católico de nuestros días *defraudan* en gran parte o del todo el concurso eficaz que la sociedad y la Iglesia les piden de consuno.

¡AUTORIDADES SOCIALES! ¡HOMBRES EMINENTES!

Sí: ¡*Macte animo!* ¡Sois jóvenes, y jóvenes católicos!

NO SABER, NO VALER, sería, en estos tiempos, para vosotros, como una especie de MUERTE CIVIL.

NO FORMARSE, SUICIDARSE.

—¿Pero cómo podremos llegar a ser en el campo social autoridades, eminencias?

La pregunta me lleva directamente al fondo del asunto de la presente conferencia.

Sí: ¿cómo seré yo una autoridad intelectual? ¿cómo lo seré en el campo social?

He ahí dos cuestiones, a cual más interesante: una más general; otra más restringida.

### PERNICIOSA ILUSIÓN

Procediendo a tratar de las mismas por su orden, comienzo por declarar, queridos jóvenes, que en nuestros días no es posible llegar a dominar TODOS los ramos de la ciencia.

Los Pico de la Mirándola han pasado ya a la Historia.

Hoy las ciencias, no sólo han adelantado «una barbaridad», que dijo el otro—lo cual por desgracia han evidenciado los terribles estragos de la última espantosísima guerra—sino que verdadera y positivamente han progresado de un modo asombroso y para bien y provecho de la humanidad.

Querer, pues, uno distinguirse en todas ellas, más que temeridad rayana en locura, es pretender lo imposible.

Sin embargo, señores, si examináis atentamente la manera que algunos han adoptado para formarse, creeríais que su empeño no es otro que el de buscar cómo sobresalir en todos los ramos de la humana sabiduría.

Esa es una PERNICIOSA ILUSIÓN, no sé si de la vanidad o de la inconsciencia, que fomentan, principalmente, en nuestros días, de una parte, la innumerable caterva de escritores que tratan de *omni re sci-*



*bili*, y de otra, la pedagogía absorbente y antipedagógica del Estado. Este con sus planes monstruosos de enseñanza, que si son malos para instruir, son peores para educar; y aquéllos con su audacia increíble en abordar toda clase de asuntos, por graves que sean, y en servirlos a los cándidos lectores en forma de entregas dosimétricas de ciencia y erudición, cuando no de desatinos (1).

Saber mucho de todo, parece cosa hacedera a las mentes inexpertas, porque no penetran la dificultad que supone el poseer realmente, científicamente, una materia.

Algunos, fascinados por la elocuencia brillante de ciertos oradores que, por su memoria y facundia en el hablar, se lanzan a tratar toda clase de asuntos, o por la fama de otros, que por su rápida y fácil asimilación, son celebrados como notables polígrafos, creen que los hombres de verdadero mérito se han formado de la manera que ellos conciben, revoloteando por encima de todas las ciencias, sin concentrar largo tiempo sus esfuerzos en una sola especialidad.

Bien podrá ser que algunas de esas medianías, así formadas, obtenga fácilmente el aplauso del público ignaro o mediocre; pero su

---

(1) He aquí cómo la *Revue des lectures* de París (15 enero 1921) se burla de algunos de esos desatinos «científicos»:

Passons à d'autres énormités. «A quelle époque exacte et lointaine, demandent-on avec inquiétude, p. 41, nos ancêtres de France ont-ils vécu sur ce sol encore bouleversé? La Bible part de 5000 à 6000 ans, la Science remonte jusqu'à 200.000», répond avec l'assurance qu'on devine le préhistorien pour école du soir s'est chargé de ce chapitre. Deux dates, deux erreurs: la Bible ne donne aucune date; la science informée se contente de quelque 15.000 ans.

Même page, un «crâne de Pithécantrophe», crâne imaginaire, donné tout de gor, pour faire saisir, sans aucun doute de quel ancêtre est sortie l'humanité. Que l'on discute ces problèmes entre savants, rien de mieux; qu'on les donne aux public comme résolus, et résolus dans ce sens, c'est une improbité scientifique.

Nous retrouvons, p. 191, notre préhistorien de haute fantasia, au début de la série intitulée «Histoire de la civilisation». Sans sourciller, il écrit: «Indécise quant a la période antérieure (rien que cela! Pour en peu, il mettrait l'homme dans la nébuleuse primitive). LA SCIENCE A RETROUVE AVEC CERTITUDE L'HOMME de L'EPOQUE TERTIAIRE... Trapu, vouté, mâchoire saillante, teint jaune et poil roux (ceci est une trouvaille! L'auteur a sans doute retrouvé aussi la photo en couleurs de l'homme primitif), il n'a garde encore de se vetir... Pesez cet: «il n'a garde!» Tour un poème. Et comment qualifier cette sogère certitude attribuée a l'humanité tertiaire?

brillo es fugaz, como el de esos meteoros que cruzan rápidamente el espacio. De sus obras y trabajos nada queda después de algún tiempo. Apenas si dejan impresas las huellas de su paso, aun en el terreno más blando y esponjoso. Carecen de la «médula del león», del influjo penetrante, de la eficacia real. El progreso de las ciencias nada tiene que agradecerles, y la humanidad mucho menos. Su misma volubilidad e inconstancia en el desflorar tantos y tan variados asuntos, demuestra a las claras que ningún orden de conocimientos les atrae y satisface plenamente; que su inteligencia anda a tientas, sin lograr descubrir el camino, la orientación, que deberían seguir para llegar a la posesión del verdadero saber.

La fruición intensísima que embarga el ánimo del que realmente posee una materia, le fascina de tal modo, que no le permite distraerse en bagatelas literarias, en escauceos científicos, en diletantismos de arte. Toda región intelectual que no domina su entendimiento, es para él como páramo yermo, como campo agostado o infecundo.

Pero los SABIOS, señores, las verdaderas autoridades científicas, y en nuestro caso, los católicos sociales eminentes—y estoy por añadir: y EFICACES—vosotros lo sabéis perfectamente, no son éstos.

El hombre, que además de poseer la cultura general—del todo imprescindible—llega a sobresalir en un ramo determinado de estudios, aun cuando no se distinga en otras materias científicas, literarias o artísticas, infunde, sin embargo, respeto a todo el mundo y se conquista la ADMIRACIÓN de las inteligencias cultivadas.

Y he ahí insinuada una buena solución para el caso en que vosotros, por defectuosa formación apologética, no pudierais rebatir directamente las objeciones de los adversarios de vuestras creencias religiosas.

#### EXEMPLA TRAHUNT

Es indudable, señores, que algunos de vosotros, a pesar de los buenos deseos que os animan, NO LOGRARÉIS, por múltiples impedimentos que ocurrirán, llegar a ser unos notables apologistas de nuestra religión.

Es indudable, sí. Como también lo es que semejantes impedimentos no os excusarían en modo alguno de ser hombres de fe ilustrada, católicos de profundas convicciones religiosas. Es este un deber de nuestros tiempos que NO PUEDE DESATENDER ningún católico consciente.



Aquella «fe del carbonero» (1) de que antes se enorgullecían muchos católicos, y que proclamaban en público para encarecer la firmeza de sus creencias religiosas, es, indudablemente, como lo ha observado con gracia un escritor, una fe muy propia... «de un carbonero», no de un joven católico de nuestra época.

Pues bien: como os decía, tal vez algunos de vosotros no podréis llegar a ser unos excelentes apologistas de la religión católica, tan doctos que logréis defenderla de todos los ataques de sus más recalcitrantes adversarios, para lo cual, ciertamente, se requiere mayor caudal de doctrina y de talento, que para la labor negativa de combatirla y denigrarla; empero, aun siendo así, si vosotros alcanzáis a ser, a la vez, tan eminentes en alguna disciplina del humano saber, como adictos y consecuentes católicos, ya *habréis obtenido*, por otra vía, el ser apologistas de nuestra sacrosanta religión, y eso no de un modo cualquiera, sino en una forma tan penetrante y eficaz que aun las inteligencias más obtusas percibirán fácilmente, y en toda su fuerza, la virtud y excelencias de vuestra apología, *Exempla trahunt!*

---

(1) Es curioso el origen de esta frase, acerca del cual dice la *Revue des Objections* de París: D'où vient ce mot; *la foi du charbonnier*? Il remonte au XVI siècle. On le trouve dans un récit de Luther (*Avertissement aux gens de Francfort*, 1533) et dans celui d'un théologien catholique, Albert Pighius. Nous l'empruntons à ce dernier qui en parle avec plus de détails. «Un savant professeur de théologie rencontra un jour un charbonnier. Voulant s'amuser de sa simplicité, ou peut-être en faire un sujet d'expérience psychologique, il lui demanda ce qu'il croyait comme articles de foi. Notre homme commence par lui réciter les principaux articles sur Dieu, qu'il avait entendus à l'Eglise. Comme le théologien continuait à l'interroger, il répondit qu'il croyait tout ce que croyait l'Eglise. Mais que croit l'Eglise? Tout ce que je crois. Et comme son interlocuteur ne cessait de le harceler, il se cantonna dans cette réponse: Je crois ce que croit l'Eglise, et l'Eglise croit ce que je crois. Cercle vicieux, mais peut-être plus en apparence qu'en réalité: n'était-ce pas une fin de non-recevoir d'un paysan madré, une manière polie et malicieuse de remettre un curieux à sa place?

A quelque temps de là, le théologien étant tombé malade et en danger de mort, fut gravement tenté contre la foi par les suggestions insidieuses de Satan, et il ne put s'en tirer que par le souvenir de la foi simple et tranquille du charbonnier. La formule naive fut pour lui comme le port dans la tempête. On l'entendait crier: Comme le charbonnier! Comme le charbonnier! Les assistants crurent qu'il délirait. Mais, revenu à lui, il raconta son histoire et expliqua que le meilleur moyen d'échapper au trouble et aux tentations du démon avait été pour lui de se réfugier dans la foi de l'Eglise comme dans un asile très sur.»

¡Oh, sí, queridos jóvenes! ¡Ojalá que cuantos se ufanan en nuestros días de ser apologistas de la Religión Católica; que cuantos alardean de militar en nuestro campo, vivieran y obraran a la manera de un Pasteur o un Roentgen, que por su saber y piedad pudiesen ser aducidos como argumento validísimo en favor de la armonía entre la ciencia y la fe, entre el ejercicio de las virtudes cristianas y las conquistas del progreso!

Los tales, más que apologistas, son apologías vivas, de una fuerza incomparable, avasalladora, irresistible.

GABRIEL PALAU, S. J.